

LA AVENTURA HUMANA DE «SER FAMILIA»

Jorge Yarce. Bogotá

«La montaña está hecha de guijarros».
(Proverbio chino)

Cuando miramos una montaña pensamos en algo muy sólido, que se levanta sobre el suelo, algo muy alto y que para escalarlo hacen falta muchos trabajos, muchas horas, y mientras más grande mayores esfuerzos hay que hacer. Y si pensamos en su origen, se dirá que han pasado muchos siglos para que sea realidad esa mole que se ve a la distancia o que se intenta escalar. ¿Y cómo se ha formado? Poco a poco se fueron amontonando y solidificando guijarros, pequeñas piedras, lajas o calizas, traídas a ese lugar por las aguas, por los vientos o por otros fenómenos naturales.

Quizás esa montaña ha sido testigo de las aventuras del hombre, de sus triunfos o derrotas. El hombre la ha escalado o ha fracasado en el intento, rodándose porque da un mal paso y se desliza, se cae o tropieza, haciéndose daño, renunciando tal vez a subir al primer intento o al intento número veinte. El buen montañista, como el buen caminante, sabe que aunque esté perdido, allá arriba está la montaña incólume, sólida, desde donde se divisa un inmenso panorama, mucho más vasto y atractivo que el que se contempla desde abajo o a la mitad del camino.

«Cada familia es un metro de patria»

Cada familia es uno de esos guijarros que conforman la sociedad entera, una célula viva que hace parte de una misma geografía, del suelo de la patria, habla la misma lengua y profesa la misma fe, y tiene una cultura y una historia también comunes. «Cada familia es un metro de patria», sobre el que se construye la nación o, desgraciadamente, a veces, se destruye o desmorona, cuando la familia, cada guijarro de la montaña, se vuelve deleznable, rueda cuesta abajo y arrastra a otros guijarros, a otras familias que parecían firmes. Entonces, se produce el derrumbe, aquel alud trágico que trae la muerte y la desesperación.

Podría decirse que cada familia está construida por un puñado de guijarros que se han solidificado entre sí con el paso del tiempo, por la misma sangre, por una manera de ser que está inscrita en lo hondo de la biología del hombre, en su historia genética, que da la clave para descifrar muchas cosas que ocurren en él y en la familia. Por ejemplo, esas semejanzas corporales entre los hijos y sus padres, esas miradas y gestos inconfundibles que pasan de padres a hijos, y ese aire de familia que se transmite de generación en generación.

«Ser familia» es construir la sociedad

Lo que es cada familia a la sociedad entera, lo es cada persona a su familia. Cada familia puede ser esa montaña sólida, construida por el amor, el sacrificio, el dolor, las lágrimas y la alegría, y por el trabajo, el ejemplo, y en la constancia en la tarea de dar a los hijos un futuro, una plataforma para que desde ella se lance un día a su propia vida, con el bagaje de lo recibido y de lo aportado. Porque en la familia no sólo se recibe, se da, y en gran medida es más familia y hace más familia quien más da, quien más se olvida de sus propios problemas para hacer suyos los de los demás.

Si la familia no es montaña sólida, si se resquebrajan los guijarros que la integran y se vienen abajo esas cartas de naípe que se sostienen unas a otras, quedan las personas solas como guijarros sueltos que pierden su valor en el conjunto. Y, además, se pone en peligro su felicidad, al desarraigarse del tronco común, para ir por la vida sin raíces y sin consistencia, sometidas al abandono y a la soledad, a la indiferencia y a la tristeza, o al orgulloso aislamiento que las convierte en tierra de nadie, en terreno inaccesible, o en piezas sueltas de un reloj que no da la hora.

Proliferación de los desarraigados

Para valorar a fondo la gran aventura de *ser familia*, es bueno mirar primero a los sin hogar y sin esperanza, a los desarraigados, a esos seres trashumantes que no saben dónde van porque no saben de dónde vienen. Se les encuentra, a veces, en los parques públicos. Son esas personas con aire de no estar en la tierra, de estar en otra onda. Se les pregunta quiénes son, dónde están sus familiares, y su gesto y su respuesta es la de no saberlo. Es una situación límite en la que podemos darnos cuenta del abismo que tienen por delante quienes no tienen familia o quienes, aún teniéndola, carecen de raíces firmes, y al correr del tiempo dejan de ser

familia, se desintegran y pierden esa fuerza que da el pertenecer a una familia y el vivir en familia.

A veces se tratan de seres que nacen marcados por el desarraigo, sin hogar o con un hogar incompleto, incapaz de darles la protección que necesitan. Ese desarraigo es más doloroso en el caso de los hijos de la droga, del alcohol o del Sida, nacidos para sufrir desde el primer instante, actores de una tragedia a la que han sido fatal y forzosamente convocados. Con la vida, les llegó la sangre contaminada y son árboles con la savia de las raíces envenenadas.

Un negocio en el que no se puede perder

Pero hay también otro tipo de tragedias, aparentemente no tan dolorosas, que las personas fabrican dentro de sí y dentro de la familia. Por ejemplo, la de los padres que se olvidan de que sus hijos son el más preciado tesoro, el más grande recurso para su felicidad, el patrimonio que hay que proteger e incrementar con amor, con desvelo, con paciencia, con dedicación, aceptando las limitaciones a la libertad impuesta por su cuidado. Es la limitación propia de quien ha asumido la tarea de compartir la vida, de servir a los demás. O la de quien sabe, como estudiante, que tiene que estudiar así no tenga ganas. O la del soldado que se pasa la vida obedeciendo ordenes, o del conductor que tiene que aceptar las normas de tráfico si quiere llegar sano y salvo a un determinado sitio.

También puede ser la limitación de un padre o una madre que no puede hacer lo que le da la gana, porque tiene su vida condicionada por los hijos, y no puede dejar de cumplir su deber como padre o como madre. Si no fuera así, tarde o temprano fracasaría en el papel más importante de su vida, el negocio en el que no se puede dar el lujo de perder. En la familia, hecha para que el hombre conviva, nadie se salva o se pierde solo.

En la vida real los resultados que produce un padre o una madre que prefiere vivir condicionado por sus amistades o por sus colegas de trabajo. Llegando tarde a su casa, se acostumbra a ello un día y otro, y poco a poco llega tarde a la vida de sus hijos. Todos lo hemos visto en otros o lo hemos vivido personalmente. Se sale del trabajo y se buscan cosas para hacer tiempo o para matar el tiempo, para no afrontar la vida en familia. Como quien va por entre las tiendas, parando diez minutos por acá y veinte por allá.

Qué triste sería que se dijera de alguien que es buen empleado, incluso con condecoraciones en el pecho, pero que como padre o madre está en déficit. Quizás ese déficit crece paralelo al número de niños dejados

en manos de la televisión, esa niñera electrónica que jamás podrá ocupar el papel del padre o la madre, como jamás los caramelos o las palomas de maíz pueden reemplazar los alimentos indispensables para una buena nutrición.

Luz de la calle y oscuridad de la casa

Hay niños subalimentados física y espiritualmente, por la ausencia de los padres en sus vidas. Cuántas veces de las dieciséis horas de vigilia se pasan ocho o diez en el trabajo y tres o cuatro matando el tiempo, distrayéndose con los amigos, lo que es peor, atendiendo a esa amiga o amigo al que le están dedicando tal vez más tiempo que a su esposa y a sus hijos. Son procesos que hay que saber cortar o atajar a tiempo. No es extraño que la conducta de quien obra así se vaya enrareciendo con el mal humor, la constante queja, el buscar pelea por cualquier bobada, y una angustia que denota el desapego a los suyos. Esos padres se convierten, como dice el refrán popular, en «luz de la calle y oscuridad de la casa». De ahí a la infidelidad, a la traición, hay un paso muy corto.

Si proliferan los desarraigados es porque la familia está cada vez más debilitada. El matrimonio, por diferentes razones, ha dejado de ser la institución estable y segura de la que arranca la familia, para dar paso a las uniones libres en las que se da más fácilmente el divorcio o la separación, es decir todo aquello que afecta a los hijos y al bien común de la familia. Hay cada vez menos matrimonios y más uniones libres, más divorcios y separaciones, más hogares incompletos y más hijos en la encrucijada de ver a sus padres tomar rumbos opuestos, más preocupados de su propio futuro personal que del futuro de aquellos.

¿Qué es y qué no es ser familia?

Para entender mejor lo que ocurre en la realidad, en la vida concreta de cada hogar, es bueno ahondar un poco más en qué consiste «ser familia». Se repite constantemente que la familia es la célula social por excelencia. Mejor que decirlo es hacerlo vida propia. Cuando se dice pero no se hace, se cae en la hipocresía.

Ser familia es vivir para los que amamos, sentirse parte viva de una comunidad de amor en la que cada parte es esencial. Para eso no hay que estar haciendo declaraciones de amor sino demostrarlo con hechos, en lo pequeño y en lo grande, en las horas buenas y en las malas.

Ser familia es ayudar a los demás miembros de la familia a realizar su fin como personas. No es darles cosas o nuestro tiempo. Es mucho más que eso. Darnos sin medida, sin poner condiciones, sin calcular qué va a pasar. Es una actitud permanente, no un entusiasmo pasajero.

Ser familia es darnos a conocer como somos y aceptar a los demás como son. No fingir, no guardar las apariencias, no hacer teatro, sino sinceridad debida, transparencia en el obrar, aceptación de los propios defectos sin dejar de esforzarnos por mejorar.

Ser familia es vivir la libertad como un compromiso generoso, por encima del egoísmo, el cansancio, los desgastes de la vida, y la idea de que la libertad es hacer cada uno lo que quiera. Muchas veces tenemos que hacer las cosas a contra corriente de nuestros personales deseos.

Ser familia es compartir la vida a diario, la común y corriente, la que puede engendrar rutina, sabiendo que sólo el amor sacrificado y esforzado, el que también se renueva a diario, es el arma para atacar la rutina, el desánimo, el aburrimiento o la tentación de infidelidad.

Ser familia es tener conciencia de que los demás necesitan de nosotros tanto como nosotros necesitamos de ellos, y más cuando se trata de los hijos, cuya vida está en nuestras manos y no podemos darles mal ejemplo ni dejarlos expuestos a la falta de amor y de entrega.

Ser familia es trabajar pensando en quienes amamos. Si el hogar se lleva en la mente y el corazón, trabajaremos mejor, con la motivación de saber que todo lo que hacemos tiene que ver con ellos, y por eso vale la pena hacerlo sin desmayos, con intensidad.

Ser familia es tener siempre abiertas las puertas del corazón para los nuestros primero que todo, luego para los demás. Ese orden es vital. Si antepone el trabajo, la amistad u otros intereses, ese desorden se meterá en el alma, y el trabajo perderá su sentido o lo acabaremos haciendo mal.

Ser familia es saber recomenzar cada día, no acumular pesares, errores, malestares, malos genios, silencios amargos o todo lo que nos quite la paz. Para eso, vivir ocupados en el afán de cada día, con la ilusión de cada momento, con la idea de que las cosas nos van a salir mejor.

Ser familia es descubrir el valor de vivir juntos, reír juntos, divertirse juntos, descansar juntos, pero también, a veces, llorar juntos, sufrir juntos y esperar juntos. Así daremos fuerza a los demás y podremos decir que nuestra vida es compartida, más que lo que cada uno es por separado.

Ser familia es servir con alegría para tener la alegría de vivir y andar sembrándola a nuestro paso.

La aventura de *ser familia* se fundamenta en el amor recíproco que lleva a crear una unión peculiar y fecunda. En la familia todo hombre empieza a caminar por la vida y en ella está llamado a encontrar la felicidad. Pero al entrelazarse, al no poder disponer de sí ni de su tiempo como le dé la gana, no por ello es menos libre. Es más libre viviendo el compromiso de ser padre o madre que ejerciendo la falsa libertad de ser amante fuera de su hogar. Entre la fidelidad y la infidelidad no hay término medio. Ser fiel a medias es como andar vestido a medias o decir la verdad a medias.

Cosas que pasan cuando no hay raíces familiares

Basta mirar alrededor nuestro y tocar esa crisis con las manos. Cada día se ven más familias descompuestas, más hijos a los que se le expropia su hogar, más separaciones, divisiones y tensiones que rompen el tejido de la vida familiar. Por primera vez contemplamos el aterrador espectáculo de gente que no tiene familia, fácilmente cae en la enajenación mental, o vive como paria que no encuentra rostros familiares en su vida. Entre ellos se encuentran los hijos de la violencia, de la droga, de los hogares deshechos. Gente que está enajenada y de quien se piensa a veces que es un estorbo social que hay que eliminar.

Desafortunadamente, cada vez hay también más niños y jóvenes aburridos, deprimidos o temerosos, y más padres con temor de no ser capaces de educarlos porque tienen miedo a la vida misma. Ni siquiera por lealtad a la palabra dada o por amor a las personas con quienes comparte la vida, se mantienen en pie las promesas hechas libre y conscientemente. Pero hay también cada día más personas con ganas de ser familia, con deseos de dar lo mejor de sí, de ser solidarios, de tener fe en los valores familiares, de sacrificio y de esperanza en que, salvando la familia, defendiéndola de lo que intenta destruirla, se salvará la sociedad entera.

En la familia auténtica todo se arregla, o puede arreglarse. Así como en el organismo humano la sangre acude a la herida, en la familia todos convergen al punto donde hay crisis. Si no se reacciona así, es porque a los demás les da lo mismo, o no tienen la cabeza puesta en su familia, o se desatiende la familia por tener el corazón en otra parte.

La vida en familia alimenta el alma

La unidad de la familia es unidad desigual, porque sus miembros son también distintos, cada uno con su propia personalidad. Todos son

igualmente importantes, y nadie puede acaparar para sí la posesión de la verdad, el prestigio o el buen o mal humor. La familia debe tener ciertos silencios para que cada uno oiga el latir del corazón de los otros, es decir, para que sepa escuchar amorosamente sus reclamos y sus ilusiones, sus quejas y sus sufrimientos, sus alegrías y sus fracasos.

En la vida en familia se alimenta el alma si el hombre es austero, sin cálculos y desconfianzas, si procura ser muy familiar, que quiere decir íntimo, sereno, mesurado, espontáneo, alegre. La vida misma se encarga - es una idea de Bergson- de mostrarnos con un signo inequívoco si hemos encontrado la felicidad, y ese signo es la alegría. Una familia triste es una triste familia.

La vida que se ha vivido en el seno de la familia se pone a prueba cuando los hijos emigran hacia nuevos destinos en su vida. Ahí se puede comprobar si ellos llevan con dignidad ese apellido que los caracteriza. Un hombre que ha vivido auténtica vida en familia y que ha sido verdaderamente familia, vive orgulloso de los suyos, tiene unas raíces tan fuertes que aguantan cualquier vendaval.

Si un hombre o una mujer no están enraizados en una familia, les dará vergüenza hablar de ella, y esa falta de arraigo se notará siempre en su vida. Como si se pensara en alguien que no hubiera pasado por la infancia, se diría que no habría sido niño, ni podría entender a los niños, porque no sabría lo que eso significa. Cuando se es familia, aunque no se viva ya en esa familia de origen, se sigue dando un amor auténtico entre sus miembros, que va más allá de la muerte, porque «es más fuerte que la muerte». El mismo amor que le dio vida a la familia, que dio lugar a esa unión fecunda, será la fuerza vital que trasciende, que hace que haya familia auténtica y, por tanto, sociedad auténtica, que se fortalece y solidifica con base en la familia como fundamento.